

La biblioteca de los asesinos

Emilio Pascual*

SAMARCANDA

PRIMERA EDICIÓN: 1988



Amin Maalouf (1949)

En algún punto de la incierta línea que separa la leyenda de la historia se halla la biblioteca que Hassan Sabbah encerró en la inexpugnable fortaleza de Alamut. «Estamos a finales del siglo XI —cuenta Benjamin O. Lesage—, exactamente a 6 de septiembre de 1090. Hassan Sabbah, genial fundador de la orden de los Asesinos, está a punto de apoderarse de la fortaleza que será durante ciento sesenta y seis años la sede de la secta más temible de la historia». Desde Alamut, prosigue el cronista, Hassan Sabbah escribe al poeta Omar Jayyam una carta con la tentación suprema para un sabio: «He formado una inmensa biblioteca donde encontrarás las obras más excepcionales y podrás leer y escribir a tu placer. En este lugar alcanzarás la paz». Pero Omar Jayyam es «un adorador de la vida», mientras que Hassan Sabbah es «un idólatra de la muerte»; Omar Jayyam ama la creación —no en vano su nombre significa «constructor de tiendas»—, y no la destrucción; y Omar Jayyam, para quien «toda causa que mate deja de seducirle», pues «ninguna causa es justa cuando se alía con la muerte», renuncia a entrar en la biblioteca de los Asesinos. «Para enfrentarse al mundo —piensa—, Hassan Sabbah construyó Alamut; yo sólo he construido este minúsculo castillo de papel, pero pretendo que sobreviva a Alamut. Esta es mi apuesta y éste es mi orgullo». Omar Jayyam se refiere al manuscrito en que ha ido componiendo sus célebres rubaiyat: el *Manuscrito de Samarcanda*.

Sabemos que Hassan Sabbah le robó a Omar el *Manuscrito* para atraer a su autor a la biblioteca, aunque no lo consiguió. Pero no lo alojó en la imponente biblioteca, sino en un nicho excavado en la pared y protegido por una fuerte reja. Sería su nieto quien lo arrancaría de su cárcel y quien experimentaría una revolución interior con su lectura, revolución que exportó a las calles y plazas de Alamut.

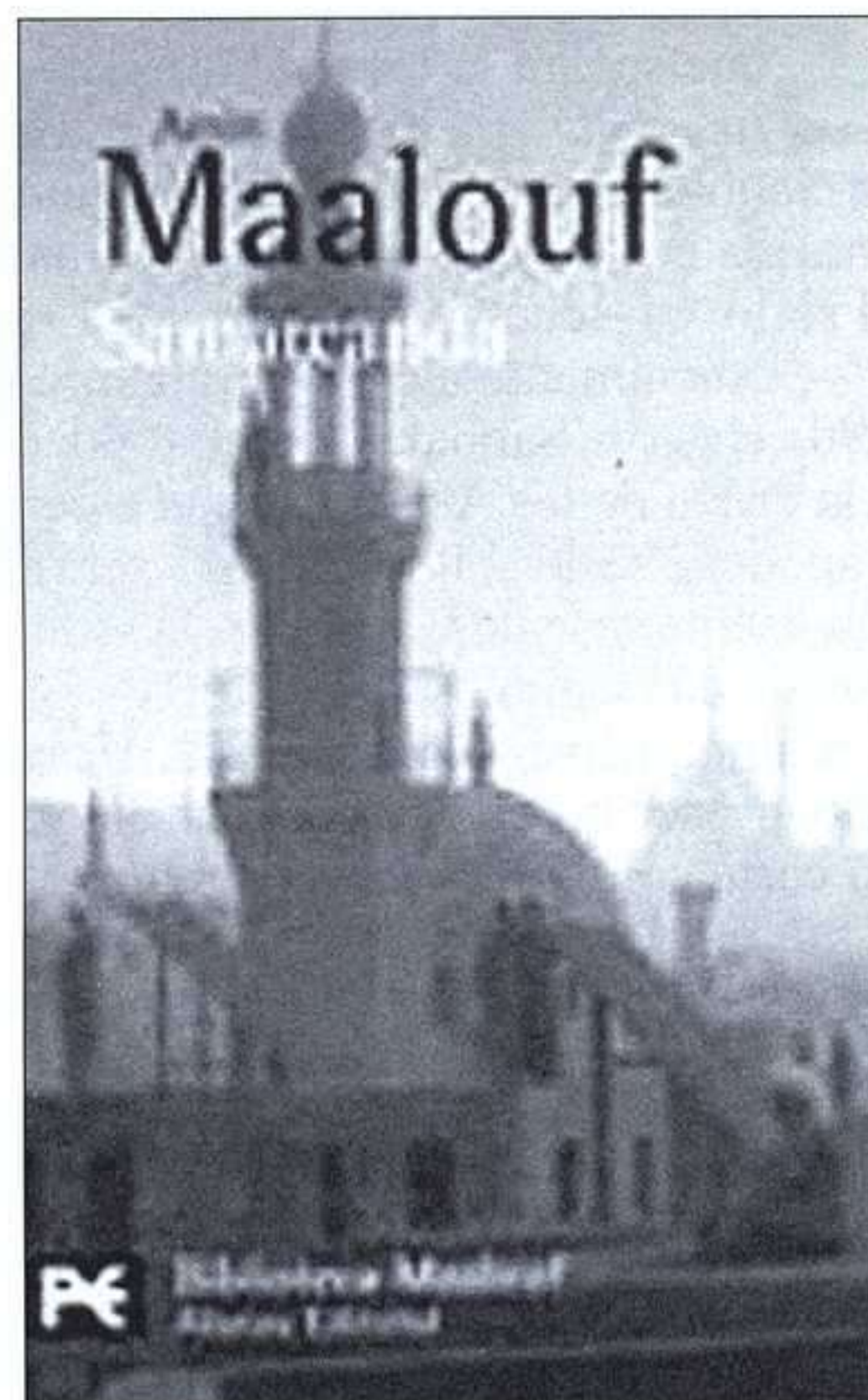
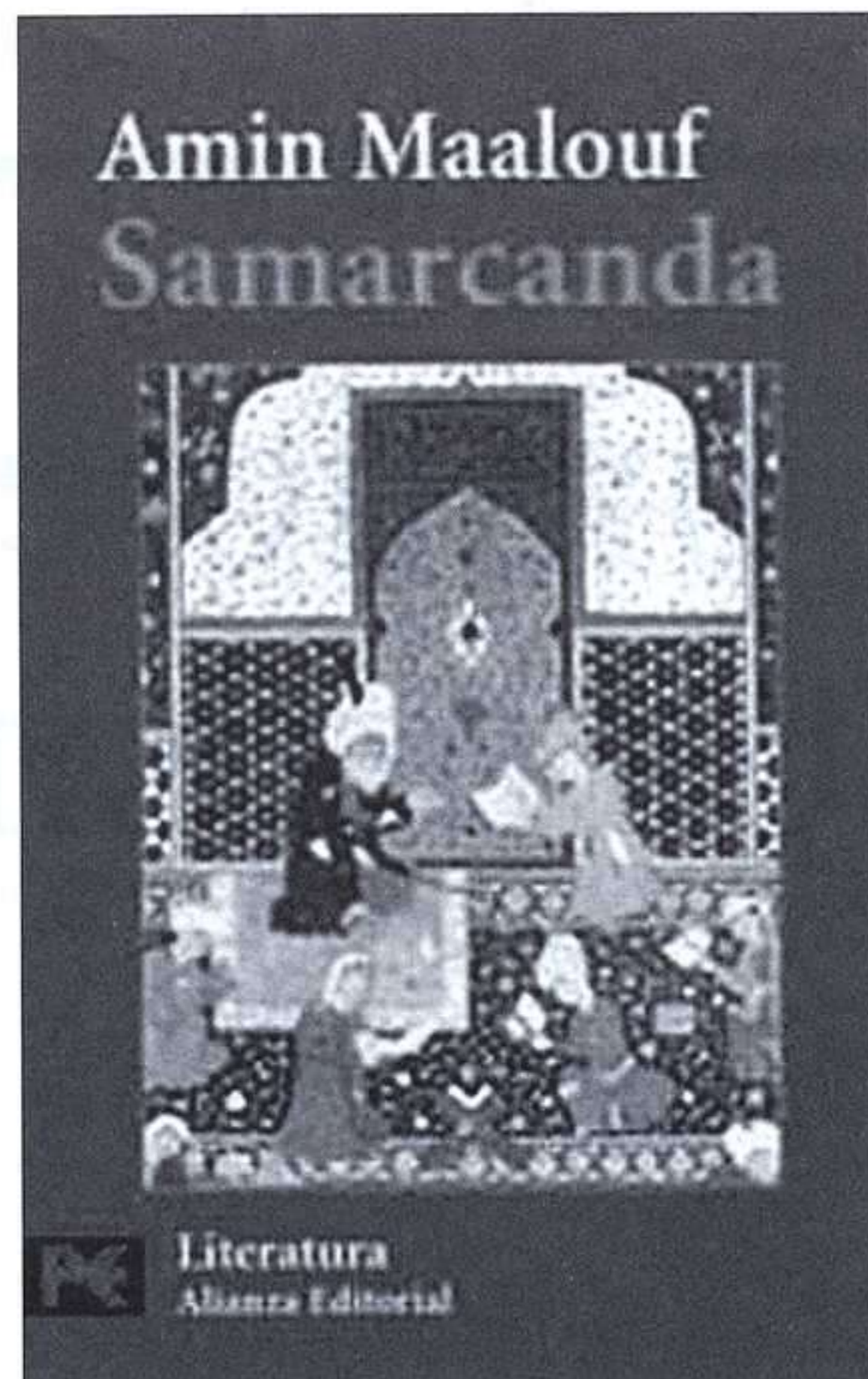
¿Cuáles eran las obras tan excepcionales que dormían en la gran biblioteca de los Asesinos, aquellas obras «que cerraban las más inefables verdades»? Nunca lo sabremos, pues Hulagu, cuya destreza como destructor de bibliotecas nadie le discute, antes de ahogar la de Bagdad, probó con la de Alamut. Ebrio de gloria por haber abatido la fama inexpugnable de la mítica fortaleza, ordenó que no quedara de ella piedra sobre piedra. No perdonó a la biblioteca.

Antes de incendiarla, Hulagu autorizó a Yuyanní, su historiador particular, a que la visitara. Yuyanní entró con una carretilla al santuario, decidido a salvar lo que pudiera. No tuvo tiempo de hacer un escrutinio detenido de las decenas de miles de manuscritos que reposaban apilados o enrollados en los estantes. Se apresuró a rescatar no menos de veinte ejemplares del *Corán*, una autobiografía de Hassan Sabbah y una crónica de Alamut con la historia redentora de su nieto. Atraído por la llamada misteriosa de «un conjunto de obras dedicadas a las ciencias ocultas», se sumergió en la lectura y olvidó la hora. Cuando apareció

Las
fotocopias
no
autorizadas
de libros
y revistas
son un
delito.



Centro Español de Derechos Reprográficos



también el *Manuscrito de Samarcanda*.

El descubrimiento de Uqbar se debió a la conjunción de un espejo y una enciclopedia; el nacimiento de Benjamin Omar Lesage, a la de un americano de 28 años y una francesa de 18. El amor acechaba tras un ejemplar de *Les Quatrains de Khéyam, traduits du persan par J. B. Nicolas, ex-premier drogman de l'Ambassade française en Perse* (Imprenta Imperial, 1867) y otro de *The Rubáiyát of Omar Khayyám*, de Edward Fitzgerald, edición de 1868. No es imposible que Benjamin O. Lesage —cuya O. no era sino un homenaje a Omar Jayyam—, heredara *ab ovo* la afición por las cuartetos de Omar y el *Manuscrito de Samarcanda*. Lo cierto es que llegó a tener en sus manos el manuscrito original del poeta persa, que todo el mundo daba por perdido desde los tiempos de los mogoles, y acaso fuera el último dicho mortal que lo tuvo en sus manos antes de que desapareciera ¿definitivamente? «en el fondo del Atlántico», pues es de saber que el Manuscrito viajaba en el *Titanic* con su dueño. ² Éste sobrevivió, pero no su equipaje. Está escrito que los libros han de perecer por agua o por fuego. Algunos quizá logren hacerlo por olvido bajo el polvo.

«Jayyam, el que cosía las jaimas de los saberes,

ha caído en la noche y se ha quemado.

Las tijeras de la Parca han cortado su aliento

y un chamarilero lo ha vendido de balde.»

Era una de las *rubaiyyat* del precioso y preciado Manuscrito. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. La biografía que, a petición del propio Hulagu, estaba escribiendo Yuyanni llevaba el recatado título de *Historia del conquistador del mundo*.

2. Sólo cabría albergar una duda: si desapareció realmente con el *Titanic*, durante la noche del 14 al 15 de abril de 1912, o más bien en el naufragio del *Titan*, ideado en 1898 por Morgan Robertson, un escritor de «ciencia ficción» americano. «Este navío gigante —cuenta Louis Pauwels— desplazaba 70.000 toneladas, medía 800 pies y transportaba 3.000 pasajeros. Su motor estaba equipado con tres hélices. Una noche de abril, durante su primer viaje, chocó en la niebla con un iceberg y se fue a pique».

un soldado y aplicó una tea encendida a un puñado de rollos polvorientos, apenas tuvo tiempo de coger un brazado al azar. En su precipitación se le cayó un manuscrito titulado *Secretos eternos de los astros y de los números*: no se detuvo a recogerlo.

Durante siete días y siete noches ardió la biblioteca de los Asesinos. «Innumerales obras de las que no existe copia se perdieron. Se dice que contenían los secretos mejor guardados del Universo». Quedaba por averiguar si había perecido